

cion sino él mismo, que fomentando un extraordinario talento con una aplicacion tan severa, que dejaba la comida para la noche por ocupar todo el dia en la tarea literaria halló, modo para elevarse y excederse á sí mismo."

De ingenio singular calificó á nuestro compatriota el célebre Feijóo por la sola relacion que acaba de conocer el lector.

Portillo fué un excelente latinista, literato, orador, filósofo, teólogo y jurisconsulto, y tambien un matemático hábil.

Si grandes fueron las distinciones y honores con que en su patria se premió su saber y su talento, no menores fueron los que recibió en Valencia durante ocho años. El pueblo le idolatraba por sus abundantes limosnas; la nobleza, por su urbanidad, franqueza y fino trato; los sabios por su elocuencia y su doctrina. Consultado en los asuntos más árdusos, preferido en cuantas reuniones se encontraba, Portillo, á quien decian "el canónigo indiano," era un oráculo en Valencia y por eso al fallecer en aquella ciudad el 11 de Enero de 1780, fué llorado de todos, particularmente de los pobres á quienes socorria y de los hombres de letras que en grande estima le tenían.

Portillo fué sacado de México y no ascendió en España á más elevados puestos, porque un enemigo poderoso, el arzobispo Lorenzana, procuró nulificarle, en venganza de la crítica de una pastoral, crítica atribuida á Portillo con el propósito de atraerle la mala voluntad del arzobispo, como en efecto sucedió.

Beristain cita algunos escritos de Portillo, entre ellos varios elogios fúnebres.

PORTUGAL, Juan C.

El ilustrísimo doctor D. Juan Cayetano Portugal, uno de los más ilustres sacerdotes mexicanos, nació en San Pedro Piedra Gorda (Estado de Guanajuato) el 7 de Julio de 1783. Hizo brillantísimos estudios en el Seminario de Guadalajara, en donde

más tarde fué catedrático, con general aplauso. Ordenado sacerdote, sus talentos oratorios le granjearon la reputacion de sabio y literato. En las honras que celebró la Universidad en memoria de su fundador el ilustrísimo Sr. Gómez, fué nombrado el Sr. Portugal para pronunciar la oracion fúnebre de aquel prelado, y tan complacida quedó la Universidad del desempeño, que el Claustro acordó recompensar aquella pieza oratoria con la borla de doctor en teología. En 1815 fué nombrado cura párroco de Zapopam (Jalisco) y ejerció su ministerio como verdadero apóstol.

Consumada la Independencia de México, vió el Sr. Portugal con placer el triunfo de la patria en 1821, y desde luego fué llamado á varios y distinguidos puestos públicos: miembro de la diputacion provincial de Jalisco, consejero de Estado, representante de su Estado natal tres veces, y senador por Jalisco, el Sr. Portugal tomó parte activa en la política del país. Tres veces presidió la Cámara de diputados, y varias sociedades literarias le llamaron á su seno. Solicitado por el gobierno de Michoacan, el Sr. Portugal fué presentado para obispo de aquella mitra, de que tomó posesion en 1831. Su primer cuidado fué informar al gobierno general y á la Santa Sede sobre la necesidad de dividir su diócesis. Veintitres años hacia que estaba vacante, y es fácil graduar las consecuencias de aquel estado. El Sr. Portugal emprendió la visita de su obispado y no volvió á Morelia hasta 1833, con motivo de haber sido llamado por el gobernador para arreglar con él ciertas reformas que se proyectaban. El Seminario habia merecido desde los primeros dias de su gobierno, especial proteccion, y al Sr. Portugal se debe en mucho el buen orden de aquel colegio. Cuando la ley autorizó á los obispos para el repartimiento de los diezmos, el Sr. Portugal, en decreto de 18 de Noviembre de 1833, hizo una sábia distribucion en que resplandeció su caridad evangélica. Los sucesos políticos del país llevaron una vez al destierro al prelado michoacano, y entonces mostró una prudencia tal que ni su familia misma advirtió el momento de su partida. Despues fué llamado por el general Santa-Anna al Ministerio de Justicia y Negocios eclesiásticos que

desempeñó sin sueldo alguno, y cuyo puesto renunció por no transigir con ciertas exigencias que pugnaban con su carácter. En esa época publicó su *carta pastoral* defendiendo la independencia de la Iglesia, carta que el Papa le elogió en otra particular. En 1845 volvió el Sr. Portugal á Michoacan y continuó la interrumpida visita, sin dejar parroquia alguna en olvido, fundando en Leon un Seminario, en Silao el instituto de las Hermanas de la Caridad; en Pátzcuaro decretó la erección del Seminario de Coyuca, hizo reparar los templos, estableció casas de retiro, y dejó por donde quiera recuerdos de su piedad y beneficencia. Ya por este tiempo su salud se hallaba quebrantada, y comprendiendo él su próximo fin, hizo repartir todas sus rentas á los pobres, socorriendo así á un número considerable en la cruel epidemia del cólera que comenzaba entónces á desarrollarse; ordenó que su cadáver no fuese embalsamado y que no se le sepultase en el panteon de sus antecesores. El día 4 de Abril de 1850 dejó de existir. Pocos dias despues de su fallecimiento llegó una carta del cardenal Antonelli en que comunicaba al Sr. Portugal la resolucion que tenia el Papa de elevarle á la dignidad cardenalicia. Esta carta autógrafa se conserva al pié del retrato del Sr. Portugal en la sala del cabildo eclesiástico de Michoacan de que fué el 35º prelado.

POSADA Y GARDUÑO, Manuel.

Más de ciento cincuenta años habian trascurrido despues de la muerte del décimosexto arzobispo de México, D. Alonso de Cuevas Dávalos, que fué el primer hijo del país que obtuvo esta mitra, cuando alcanzó igual honra el que es objeto de la presente biografía. Durante la dominacion española, un solo arzobispo mexicano se registra en los fastos de nuestra Iglesia, aun-

que pudiéramos citar á varios criollos, como entónces se llamaba á los hijos de familias castellanas nacidos en las colonias que rigieron las archidiócesis de Manila, Santo Domingo y alguna otra que no recordamos. Léjos de nosotros la idea de atribuir este hecho, como no ha faltado quien lo haga, á un desden inmotivado hácia los sacerdotes mexicanos que florecieron en aquel largo período; por el contrario, creemos que al obrar así los reyes de España, procedieron con cordura y evitaron emulaciones que habrian sido perjudiciales al clero mismo y á la sociedad entera.

Cupo, pues, al Sr. Cuevas Dávalos la gloria de ser el primer mexicano que gobernó la Iglesia pátria, como cupo al Sr. Posada y Garduño, de quien vamos á hablar, la honra de ser el primero despues de conquistada la Independencia.

El Sr. Dr. D. Manuel Posada y Garduño nació en el pueblo de San Felipe el Grande, llamado tambien del Obraje, en el Estado de México, el día 27 de Setiembre de 1780.

Despues de hacer sus estudios primarios en el pueblo natal, fué trasladado á esta ciudad y aquí cursó la gramática latina, parte con un profesor privado y parte en el Colegio Seminario de Porta-coeli.

Fortuna, y muy grande, fué para el Sr. Posada encontrar entre los seminaristas al Sr. Dr. Campos, primo suyo, de mayor edad que él, quien veló desde aquel momento sobre su suerte y le alentó en su carrera. Hizo en ésta los mayores progresos, la terminó con aplauso y recibió los más distinguidos honores; siendo de notar, como dice uno de los biógrafos de nuestro arzobispo, que este Colegio fecundo en recompensas, tenia con que remunerar ampliamente á sus hijos, confiriéndoles becas, capellanías, premios, cátedras y dotaciones pecuniarias para licenciaturas.

El Sr. Posada, una vez concluidos sus estudios, pagó con usura al Seminario la instruccion que le debia, desempeñando en él varias cátedras y especialmente la de derecho canónico, de la que fué un profesor distinguidísimo durante muchos años. Tan decidida era su vocacion para la enseñanza, que á ella ha-

bria consagrado el resto de sus días si el vivo empeño de los Sres. Puchet y Monteagudo no le hubiese hecho pasar en 1818 á Puebla á servir las plazas de promotor fiscal y defensor en aquella curia.

Era entonces obispo de Puebla el Ilmo. Sr. Pérez, insigne protector de los literatos. La carrera brillantísima del señor Posada en el Seminario de Porta-coeli; el haber obtenido en la Universidad de México los grados de licenciado en ambos derechos, de doctor en el canónico, la regencia de prima de Cánones y la cátedra de Instituta; el ser individuo del ilustre colegio de abogados, el tener práctica en el foro, y el hallarse adornado de cualidades excelentes, todo esto, decimos, contribuyó á que el obispo de Puebla recibiese con júbilo al Sr. Posada, á quien dispensó desde luego las consideraciones á que era acreedor, y comprendiendo que las plazas á que habia sido llamado no eran ciertamente suficientes para premiar sus méritos, le nombró despues cura del Sagrario, provisor, vicario general, juez de capellanías y testamentos, y por último gobernador de aquella mitra.

Seis años, en los cuales el Sr. Posada supo hacerse amar de los hijos de la ciudad angélica, por su virtud, por su saber y por la dulzura de su trato; seis años fueron los que duró en aquella ciudad. Para darle un público testimonio de su confianza los poblanos nombraron senador al Sr. Posada á fines del año de 1824.

Una vez en México, ascendió á mayores destinos. A poco de haber llegado, nombrósele cura interino del Sagrario Metropolitano, y en propiedad desde el 9 de Julio de 1825 hasta el 17 de Mayo de 1832 en que pasó á canónigo doctoral.

Al año siguiente, siendo ya dignidad maestrescuelas el Sr. Posada, fué comprendido en un decreto de expulsion á causa de los disturbios políticos que agitaban al país.

“Recibió la noticia con serenidad, dice el biógrafo ya citado, dispuso su salida con quietud, habló de ella con calma, no hizo esfuerzos para evitar su desgracia, y lo que es más notable, no se le oyó una queja de los que le arrojaban de su patria.”

Retiróse el Sr. Posada á los Estados Unidos del Norte y allí esperó á que pasase la tempestad política; despejado ya el horizonte volvió á este suelo á resumir sus ocupaciones ordinarias, sin que se le hubiera oído jamás lamentarse de las molestias y privaciones que forzosamente tendria que sufrir en una tierra extraña.

Obligado el Sr. Fonte en 1839 por Gregorio XVI á renunciar la mitra de México, segun hemos visto en la biografía de aquel prelado, el Cabildo metropolitano formó con arreglo á la ley una terna de individuos, en la que fueron propuestos el Sr. Posada, vicario capitular á la sazón, el Dr. Campos y el Dr. Santiago, prebendado entonces y despues canónigo. Recayó la eleccion de Roma en el primero, y fué éste preconizado arzobispo de México en el consistorio de 23 de Diciembre de 1839. Llegaron á esta ciudad las bulas pontificias el 15 de Abril de 1840, y una vez dado el pase, se dispuso la consagracion del nuevo prelado, la que se verificó el 31 de Mayo en su misma catedral, siendo el consagrante el Ilmo. Sr. Belaunzarán, antiguo obispo de Linares, y asistente el Ilmo. Sr. Morales, antiguo obispo de Sonora, prelado doméstico de Su Santidad, asistente al solio pontificio, y el Ilmo. Sr. Madrid. Apadrinaron al Sr. Posada el Exmo. Sr. Presidente de la República, general de division D. Anastasio Bustamante, y el Cabildo Metropolitano.

La administracion pastoral del Sr. Posada fué, por desgracia, muy breve. Fácil es concebir que en ese corto período no le fué dado hacer todo el bien que anhelaba, ni conseguir, por grande que fuese su consagracion al trabajo, como en efecto lo era, llevar á cabo todas las obras que de su saber esperaba la sociedad y que él mismo queria realizar. Despues de una vacante de diez y ocho años, y en una época en que habia cambiado el modo de ser de nuestra patria, sin que se consolidase todavía un buen gobierno, era en verdad ruda la tarea del prelado, y es justo decir que supo desempeñarla con prudencia y acierto.

Tenia por norma en todas sus acciones el cumplimiento exacto de su deber. Trabajaba sin descanso á pesar de que los médicos, atendida su complexion, le indicaban que diese treguas á

sus diarias labores; á todos recibia y trataba con dulzura y finos modales; repartia, por conducto de su secretario de cámara, más de trescientos pesos mensuales en limosnas, fuera de las que él hacia personalmente, y se conquistó, como dice un escritor, entre el clero la fama de prelado benigno, entre los literatos la de protector celoso, entre los afligidos la de pastor compasivo y entre todos sus diocesanos la de un padre.

De los actos de su gobierno, los que merecen citarse son: la secularizacion de las misiones de la ciudad de Valles, para las que nombró curas eclesiásticos; el establecimiento del jubileo llamado *Circular* ó de *Cuarenta horas* en todos los curatos; las reglas que dió para que á ellas se ajustasen los que quisiesen ordenarse, procurando su instruccion y buenas costumbres; la solicitud que dispensó al Seminario fundando en él nuevas cátedras y arreglando las antiguas; el empeño que puso en la reedificacion del templo del Señor de Santa Teresa, arruinado por el terremoto de 7 de Abril de 1845, y por último, la puntualidad con que semanariamente hacia confirmaciones.

La situacion política del país impidió al Sr. Posada visitar el arzobispado, como deseaba, y sólo pudo ir á San Juan Teotihuacan y Cuernavaca, en cuyas dos poblaciones confirmó á quince mil personas.

Distinguióse como prelado por su acierto en todas sus disposiciones, y en lo particular por la inteligencia superior que demostraba poseer, por sus vastos conocimientos y por su felicísima memoria.

“Fué útil en todas las épocas de su vida, dice uno de sus biógrafos, con sus luces y con sus servicios personales y pecuniarios. Siendo arzobispo no sólo alivió las urgencias del erario con cuantiosas sumas que suministró de la Iglesia, sin embargo de la decadencia de sus rentas, sino que le franqueó igualmente gruesas cantidades de su peculio privado. En su trato familiar era dulce y afable; su conversacion era amena y se manifestaban en ella luego sus conocimientos literarios, mezclando á menudo sentencias morales que demostraban su corazon puro.”

No es ménos satisfactorio lo que sobre el mismo punto asienta el Sr. Arróniz, ya citado:

“Su conversacion, dice, léjos de ser austera, muchas ocasiones y con la mayor complacencia versaba sobre las letras humanas y las bellas artes. Su carácter apacible hacia ameno su trato; sus modales ajenos á toda afectacion, convidaban desde luego á la amistad; era preciso ó no tratarlo del todo ó hacerlo con franqueza, pues con un sugeto tan ingenuo no sólo seria el fingimiento una perfidia, sino aun el disimulo una traicion.

“Su humildad se manifestaba en el poco aprecio que hacia de sí mismo; su prudencia se dejó ver en el tino con que dirigió los negocios; su buena fe estaba pintada en su semblante.”

Iban á cumplirse todavía seis años del gobierno pastoral del Sr. Posada, cuando en la madrugada del 31 de Marzo de 1846 sufrió un fuerte ataque de congestion. Alivióse, gracias á los esfuerzos de los facultativos que le asistian; pero el 21 de Abril repitió el ataque de la enfermedad, con mayor fuerza, hasta ocasionarle la muerte el dia último de ese mes, dos minutos ántes de la media noche. Su funeral fué magnífico, cual correspondia á su elevado carácter y á la profunda estimacion, al amor y al respeto que la sociedad mexicana le tributaba por su ciencia, su virtud y su edad.

Algo así como una legítima satisfaccion nos causa haber podido narrar la vida del Sr. Posada, sin tener motivo sino para juzgarle como dignísimo sucesor de los prelados que durante la dominacion española tuvo la Iglesia mexicana, y esta satisfaccion nace de que el ilustre sacerdote de quien acabamos de hablar nació y se educó en México y debió su elevacion al pontificado á sus compatriotas. Triste cosa habria sido para nosotros no encontrar en las páginas de nuestra historia fundamentos sólidos para asegurar que si los prelados venidos de España fueron grandes por su saber y por sus acciones, lo fué, y no ménos, el que primero alcanzó tan elevada jerarquía despues de consumada la Independencia.

Por donde quiera hallamos testimonios del saber, de la bondad y de la virtud del Sr. Posada. Personas que le trataron nos

hablan de sus conocimientos literarios, de la dulzura de su carácter, de la amenidad de su conversacion, y de su amor á los pobres cuyas necesidades procuraba remediar tan pronto como llegaban á su noticia. Otros nos hablan del pesar que su muerte causó á la sociedad entera, de su funeral en que los habitantes de México demostraron lo mucho que habian amado al bondadoso y dulce pastor que acababan de perder; y para decirlo de una vez, cuantas opiniones hemos consultado ántes de trazar esta biografía, están conformes en que el Sr. Posada, como abogado honraba el foro mexicano, y como sacerdote fué un fiel observante de la doctrina evangélica. Mejor elogio no podemos, pues, hacer de él, que reproducir el juicio imparcial de los que muy de cerca le conocieron.



QUINTANA, José Matías.

El honorable yucateco de quien vamos á hablar, padre del insigne D. Andrés Quintana Roo, nació en la ciudad de Mérida el 24 de Febrero de 1767, hijo de D. Gregorio Quintana y D^a Martina del Campo y Leon.

No hizo estudios profesionales ó académicos, sino que concluida su primera educacion, se dedicó al comercio; pero su amor á las letras fué tal en ese siglo verdaderamente oscuro para la entónces provincia de Yucatan, que con una constante dedicacion á los libros, logró llegar á ser un verdadero hombre de letras. Manifestóse ántes y despues de nuestra emancipacion política, como uno de los mejores y más distinguidos ciudadanos.

Como publicista, abrió á la jóven nacion las nuevas sendas por donde debia caminar. A este fin fundó y sostuvo en 1813 y 1814 un periódico, que fué de los primeros que se publicaron en Yucatan, cuando superando mil obstáculos establecióse allí la primera imprenta por los patriotas de la Sociedad Sanjuanista, periódico que se intituló: *Clamores de la fidelidad americana, ó fragmentos para la historia*. Escribia además en los otros periódicos, procurando de todas maneras el verdadero progreso y la civilizacion. Su estilo fácil, noble y castizo, ha hecho que se le cuente como uno de nuestros primeros literatos. Fácil es comprender lo que sufriría tan benemérito ciudadano, cuando entronizado el partido del absolutismo, sólo pensó en saciar su venganza en aquellos que más se habian distinguido en hacer patentes al pueblo sus derechos. En efecto, D. José Matías Quintana fué aprehendido y encerrado en un lóbrego calabozo, y luego privado de todo auxilio, y cargado de cadenas enviado á la for-

taleza de San Juan de Ulúa. Esto pasaba en 1814, cuando el decreto de 4 de Mayo hizo triunfar por un momento á los opresores de nuestra patria.

Fué diputado al Congreso del Estado y al General de la Nación en la capital de la República.

Una vez en México, encontró más ancha esfera á las útiles luces de su talento, distinguiéndose siempre en la tribuna y en la prensa.

Entre varios de sus escritos publicados en los periódicos de aquella época, se encuentra "El Jacobinismo en México," que aunque por desgracia no ha podido llegar á nuestras manos, tenemos noticia de él por una carta autógrafa, que tenemos á la vista, á su hijo el Sr. Dr. D. Tomás Domingo, que dice entre otras cosas:

"Forzado de varios amigos he estado escribiendo el artículo "El Jacobinismo en México," que dediqué al Sr. Santa-Anna con dos objetos: primero, de ver cómo lo libraba de la fusilada que pretendían darle sus espúrios amigos, y el segundo, de ilustrar á los beligerantes en las grandes cuestiones que se discutían, como que en ambos partidos tenía la opinion de imparcial. Así se lo mandé decir con el Ministro de Relaciones, y así se lo repito en la última parte del opúsculo que aun no ha impreso la oposicion. Yo me declaré popular, como siempre lo he sido. No le he visitado desde que está en Tacubaya, porque no soy cortesano; pero no ha habido motivo que corte nuestra antigua amistad."

En otro lugar, en la misma carta, dice:

"Los impresos te impondrán del fatal estado de nuestras cosas: yo no tengo otra parte ni intervencion que la de pedir á Dios ponga un término á tan enormes males."

La lectura de las anteriores líneas da una idea de los nobles sentimientos del Sr. Quintana: manifiesta tambien un rasgo de su pluma en una carta confidencial, y á un hijo, y al mismo tiempo hace ver la respetable opinion de que gozaba entre dos partidos opuestos.

No sólo se distinguió el Sr. D. José Matías Quintana como es-

critor político, sino tambien como escritor piadoso, reflejando así por la prensa otra hermosa dote de su alma, verdaderamente cristiana, la piedad. Dió á luz una obra intitulada "Meditaciones," que honra, en verdad, así la fe del autor como su exquisito gusto literario.

El Sr. Sartorio, mexicano sabio y memorable, al censurar esta obra dice estas notables palabras:

"Las leí atentamente (las Meditaciones), y léjos de encontrarles cosa alguna opuesta á la religion y costumbres, he hallado una obra en que altamente brillan, un gran manejo de las Divinas Escrituras, tanto más admirable, cuanto ménos podia esperarse de un hombre de comercio, de una piedad que encanta, una unción que penetra, y una variedad de ejercicio tan amena y tan útil, que aunque ocupen tres horas parecerán ligeras."

De esta obra sólo se hicieron tres ediciones, la primera en Yucatan, la segunda en México, en 1810, y la tercera tambien en Yucatan. No sólo las obras que hemos citado se deben á su pluma, sino otras varias.

Cargado el Sr. Quintana, al par de su larga edad, con el mérito de sus virtudes, como ejemplar cristiano, con el honor de sus servicios como ciudadano, y con el honor tambien de sus hijos, que ya desde entónces se habian conquistado un nombre célebre, falleció en México el dia 30 de Marzo de 1841, á los 74 años de edad.

QUINTANA ROO, Andrés.

El eminente patricio, el gran literato D. Andrés Quintana Roo, nació en la ciudad de Mérida el 30 de Noviembre de 1787, hijo del Sr. D. Matías Quintana y de la señora María Ana Roo.

Después de recibir una educacion brillante en la ciudad de su nacimiento, en el Seminario de San Ildefonso, vino á México en